

# Leer: laboriosa construcción de una práctica y los desafíos de la “ciberlectura”

LARRY DENNYS ANDRADE

Universidad Nacional de la Patagonia Austral (UNPA) - Unidad Académica San Julián (UASJ), Argentina

---

“El intelecto perezoso no puede aprovechar nada del puro aislamiento, ya que es incapaz de poner él mismo su acción productora en marcha. Lo que hace falta entonces es una intervención que, al tiempo que viene de otro, se produzca en el fondo de nosotros mismos; es otro espíritu el que enciende la mecha, pero este acto debe recibirse en el seno de la soledad. De alguna manera hemos visto que precisamente la definición de la lectura consistía en aquello, y que sólo a esta actividad convenía. La única disciplina que podría ejercer una influencia favorable sobre tales intelectos es entonces la lectura (...).”

Marcel Proust “Sobre la lectura”. Libros del zorzal, Buenos Aires, 2005. Pag. 43-44.

## Presentación

El material aquí presentado, es un subproducto que tributa al proyecto de investigación: “Construcción social de significados acerca de los estudios universitarios. Estudio de caso en la UNPA/UASJ.”<sup>1</sup> Se constituye en un valioso aporte en el esfuerzo por pensar respuestas a interrogantes tales como: ¿Quiénes son nuestros estudiantes? ¿Cómo y qué leen? ¿Cuándo leen? ¿Qué es lo que no leen? ¿No les interesa leer o les interesa leer otros temas? ¿O en otros formatos? ¿Qué les interesa, en fin? Y de este modo comprender creencias compartidas entre los profesores universitarios, que pueden resumirse en la expresión: “los estudiantes no leen”.

Lo que se pretende indagar es el impacto que las Nuevas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (NTICs) tienen sobre diferentes ámbitos de la vida social, en este caso, sobre la lectura como actividad fundamental de la vida universitaria.

Especialmente, interesa plantear interrogaciones acerca de las posibilidades que el formato de texto electrónico habilita en los estudiantes, en tanto conceptualizo a la lectura como una práctica social donde la carga de significados que los sujetos “portan” son claves no sólo en la interpretación del material en cuestión sino, y muy importante, en el acto de enfrentar, simultáneamente, el doble desafío que las NTICs proponen en el marco de la formación universitaria: por un lado, leer y, por el otro, hacerlo en formato libro y/o texto electrónico.

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional de la Patagonia Austral – Unidad Académica San Julián, provincia de Santa Cruz, Argentina.

## Introducción

La historia del libro y la historia de la lectura son el ámbito privilegiado de una nueva concepción de Historia Cultural (HC), interesada por los universos de posibilidades de comprensión que la lectura inaugura, especialmente desde la perspectiva aquí recuperada, que es la de Roger Chartier.

Respecto de la historia del libro, que será la vía más importante de sus desarrollos teóricos (junto con la historia de la lectura) Chartier critica un modo tradicional de hacer aquella historia: "(...) en Francia la historia del libro seguía dependiendo de la más antigua historia literaria, que trata el texto como una abstracción, como algo existente fuera de los objetos escritos, como el mismo libro. La lectura, a su vez, fue considerada como un proceso universal, sin variaciones históricas pertinentes. Pero los textos no se han depositado en los libros como en simples receptáculos." (Chartier, Texto 1)

En esta formulación de los primeros elementos de la crítica a la historia cultural francesa dominante, Chartier señala una "insatisfacción" que dio lugar a repensar "los modos de pensar y practicar la historia cultural en la tradición historiográfica" a la que pertenece y que, "por comodidad, aunque no siempre con exactitud, se identifica con los Annales." Su disconformidad apuntaba a que tal historia estaba "presa en la doble definición de historia de las mentalidades y de historia serial y, en consecuencia, cuantitativa." (Chartier, 1990: 43)

Respecto de la historia de las mentalidades, Chartier señala sus diferencias:

una primera diferencia distingue la historia cultural, entendida como una historia de las representaciones y de las prácticas, de la historia de las mentalidades en su acepción clásica. Esta última ha logrado magníficos éxitos, pero los postulados que la fundan no nos satisfacen ya. La crítica es triple: contra la adecuación demasiado simplista entre divisiones sociales y diferencias culturales; contra la concepción que considera el lenguaje como un simple útil, más o menos disponible para expresar el pensamiento; contra la primacía dada a la caracterización global de la mentalidad colectiva en detrimento de un estudio de las formas textuales (o imágenes) que vehiculan su expresión (Chartier, 1996a: iv).

Sobre la predominancia de lo cuantitativo, Chartier menciona que:

el enfoque estadístico que, en cierto momento, parecía dominar la historia cultural francesa y que se proponía, ante todo, medir la desigual repartición social de objetos, de discursos, de actos que se pueden ver en series, no puede pues bastar. Dado que supone correspondencias demasiado simples entre niveles sociales y horizontes culturales, dado que capta los pensamientos y las conductas en sus expresiones más repetitivas y más reductoras, tal procedimiento pasa por alto lo esencial: la manera contrastada en que los grupos o los individuos hacen uso de los motivos o de las formas que comparten con los demás. (Chartier, 1995: 11)

Apoyado en estas críticas, el autor define su perspectiva acerca de la HC en los siguientes términos:

Para mí la Historia Cultural abarca lo que hemos dicho, pero se pueden utilizar otras categorías. Hay una definición de la sociología que podría también abarcar esta vinculación entre textos, soportes y prácticas<sup>2</sup>, lo

---

<sup>2</sup> En un breve artículo, Chartier se explaya sobre estos elementos al decir que: "los lectores del presente son herederos de una historia de muy larga duración. El orden de los discursos tal como lo conocemos se establece a partir de la relación que asocia tipos de objetos (el libro, el diario, la revista, el cartel, el formulario, la carta, etc.) con categorías de textos y formas de lectura. Semejante vinculación resulta de la sedimentación de tres innovaciones fundamentales. En primer lugar, entre los siglos II y IV, el libro que llamamos codex, compuesto por hojas y páginas reunidas dentro de una misma encuadernación, sustituyó los rollos que leían los lectores de la Antigüedad griega y romana. En segundo lugar, en los siglos XIV y XV apareció en la cultura manuscrita un nuevo tipo de libro que contenía dentro de un mismo volumen únicamente obras compuestas por un solo autor; con anterioridad esta composición se

que McKenzie<sup>3</sup> llamaba Sociología de los Textos, no importa la categoría. Pero el proyecto intelectual importante es que a partir de este momento los objetos de los que se puede apoderar son textos canónicos o no, obras clásicas o sin méritos, pero también la producción iconográfica en todas sus formas o inclusive, si es posible reconstituirla, la circulación de la música, del canto y de todas las formas que se remiten a la palabra viva. Son objetos legítimos, fundamentales y articulados, podríamos decir, de la Historia Cultural." (Chartier, Texto 3 y Texto 4)

Abundando en esta concepción de la HC y señalando su propio derrotero, Chartier expresa que:

(...) la identidad primera de un historiador se la da su presencia en un territorio particular que define su propia competencia. En lo que a mí se refiere, este dominio de investigación es el de la historia de las formas, usos y efectos de la cultura escrita en las sociedades de la primera modernidad, entre los siglos XVI y XVIII. Pero hay también una segunda exigencia: la que obliga a la historia a entablar un diálogo con otros cuestionamientos - filosóficos, antropológicos, semióticos, etc.-. Sólo a través de estos encuentros puede la disciplina inventar nuevas preguntas, forjar instrumentos de comprensión más rigurosos o participar, con otras, en la definición de espacios intelectuales inéditos. (Chartier, 1996b: 10)

La HC tomó como uno de sus ejes la historia del libro, pero cambió sustancialmente la orientación de sus estudios y las preguntas que le hacía a este nuevo objeto. Con ello reorientó también los modos de abordaje y la propia definición de su objeto; esto significó cambios en la orientación metodológica y epistemológica. Según Chartier:

la historia del libro constituye, hoy, uno de los dominios mayores de la historia cultural, que supo definir sus propios objetos: las coyunturas de la producción impresa (...) las estrategias editoriales, la desigual posesión del libro en una sociedad determinada, etc. Supo, asimismo, inventar sus fuentes y utilizar en su provecho los archivos administrativos, notariales o judiciales, y apoyar sus métodos de investigación sobre los modos clásicos de la historia social y económica. Los resultados fueron considerables." (Chartier, Texto 1)

Esos resultados se debieron, en buena parte, a esa reorientación que los historiadores supieron dar a su enfoque, producto de la redefinición de: "(...) una historia cultural que obedecía en una época a la ambición de poner en cifras y en series los materiales culturales y que ahora procura, ante todo, comprender los usos y las prácticas." (Chartier, 1995: 15)

Este salto, que Chartier conceptualiza como dar el salto desde una "historia social de la cultura a una historia cultural de lo social":

"impone que se tome distancia con respecto a los principios que fundamentaban la historia social de la cultura en su acepción clásica (...) en efecto, las divisiones culturales no se ordenan obligatoriamente según una única clasificación de las diferenciaciones sociales, que supuestamente dirige tanto la desigual presencia de los objetos como las diferencias en las conductas. La perspectiva debe entonces ser la opuesta y destacar, en primer lugar, el campo social (a menudo compuesto) donde circulan un conjunto de textos, una clase de impresos, una producción o una norma cultural. Partir así de objetos, formas, códigos y no grupos nos lleva a considerar que la historia sociocultural vivió demasiado apoyada sobre una concepción mutilada de lo social.

---

solía dar casi en exclusiva con autoridades antiguas y cristianas y obras en latín. Finalmente, en el siglo XV, la imprenta se impuso como la técnica más utilizada para la reproducción de lo escrito y la producción de libros. Somos herederos de esta historia tanto para la definición del libro, que es a la vez un objeto y una obra, como en lo referente a una cierta percepción de la cultura escrita, que se funda sobre distinciones inmediatamente visibles entre los diversos objetos manuscritos e impresos." CHARTIER, R. (Texto 2)

<sup>3</sup> McKenzie es recuperado por Chartier: "«nuevos lectores crean nuevos textos y sus significados son una función de sus nuevas formas.» (...) ha designado con gran agudeza el doble conjunto de variaciones (variaciones de las disposiciones de los lectores, variaciones de los dispositivos de los textos y de los objetos impresos que los contienen) que debe tener en cuenta cualquier historia cuya cuestión central se refiere a las modalidades contrastadas de la construcción del sentido." CHARTIER, R. (1996a: 52).

Al privilegiar la única clasificación socio-profesional olvidó que otros principios de diferenciación, también plenamente sociales, podían explicitar, con mayor pertinencia, las separaciones culturales. Así, las pertenencias sexuales o generacionales, las adhesiones religiosas, las tradiciones educativas, las solidaridades territoriales, las costumbres de la profesión." (Chartier, 1996a: 53-54)

La historia del libro deviene en historia de la lectura. Esto fue más que un cambio de objeto: significó la apertura de nuevas líneas de interpretación y trajo consigo nuevos ámbitos de la realidad a ser interpretados.

## Textos y lectores: los modos del encuentro

La historia del libro<sup>4</sup> es una de las líneas centrales en el desarrollo de la HC, en tanto el estudio que se haga del mismo permitirá ir apreciando como las transformaciones en su presentación (soporte) impacta en lo que Chartier denomina la "producción del lector", tal como lo deja ver cuando destaca que:

entre el segundo y el cuarto siglo de nuestra era, una nueva clase de libro se impuso sobre la que les era familiar a los lectores griegos y romanos. El códice, es decir, un libro formado por hojas plegadas, juntas y encuadernadas, fue suplantando progresiva pero inexorablemente a los rollos que hasta entonces habían servido de soporte a la cultura escrita. Con la nueva materialidad del libro, algunos gestos antes irrealizables se hicieron posibles (por ejemplo, escribir leyendo, u hojear una obra)<sup>5</sup> y los usos de los textos se transformaron. La invención de la página, la localización en el texto mediante la foliación y la indexación, la relación establecida entre la obra y el objeto que es el soporte de su transmisión, hicieron posible una relación inédita entre el lector y sus libros. (Texto 6)

Respecto del impacto que esta transición del rollo al códice o codex tuvo en las prácticas de lectura, menciona Chartier que: "(...) esa primera revolución, la del *codex*, modela un modo de relación con lo escrito, una tecnología intelectual, un repertorio de actitudes y de prácticas que las innovaciones ulteriores en las maneras de reproducir los libros no modifican fundamentalmente." (Chartier, 1993: 24)

En un texto donde analiza cómo afectaron a los lectores de España las mutaciones que modifican las relaciones con la cultura escrita en la Europa de la Edad Moderna, Chartier se pregunta:

¿Se puede definir la «modernidad» de la lectura de los años 1480-1680 a partir de la circulación de los textos impresos? Es claro que con la imprenta se ampliaron a la vez el público de los lectores y la familiaridad con los libros (...) facilitando la multiplicación de los ejemplares, las ediciones en pequeño formato, las traducciones en las lenguas vulgares, la imprenta aseguró la difusión de los textos clásicos y sabios más allá de los medios restringidos que solían leerlos en la cultura manuscrita. (Texto 7)<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Chartier menciona en otro texto que: "la historia del libro se ocupa de estudiar el proceso que transforma un texto en un libro." CHARTIER, R. (Texto 4)

<sup>5</sup> Esta transición produjo otros efectos importantes sobre los lectores, los cuales son señalados por Chartier: "entre los efectos del paso del rollo al codex, recordemos a dos, que requieren una atención especial. Por una parte, si el codex impone su materialidad, ella no borra las designaciones y las representaciones antiguas del libro (...) Por otra parte, para ser leído, es decir desenrollado, un rollo debe ser sostenido con ambas manos. De allí, como lo muestran los frescos y bajorrelieves, la imposibilidad para el lector de escribir al mismo tiempo que lee y por eso la importancia del dictado en voz alta. Con el codex el lector conquista la libertad: apoyado sobre una mesa o un pupitre el libro encuadernado no exige más una movilización parecida del cuerpo." (CHARTIER, Texto 5)

<sup>6</sup> Chartier sostiene que otra diferenciación posible del: "lector moderno podría vincularse con la lectura en lengua vulgar." A tal fin, sostiene que: "al crear un nuevo público gracias a la circulación de los textos en todos los estamentos sociales, los pliegos sueltos contribuyeron a la construcción de la división entre el «vulgo» y el «discreto lector». Ciertamente es que la categoría de «vulgo» no designaba, ni

Con el fin de fundamentar este primer eslabón de una posible periodización, Chartier sostiene que:

entre 1480 y 1680, la construcción de una nueva figura del lector se remitió a una paradoja. Los lectores letrados y doctos, que acogieron las nuevas obras y las nuevas técnicas intelectuales, se quedaron fieles a los objetos manuscritos y las prácticas de la oralidad. Al revés, los lectores «populares», que no pertenecían al mundo de los humanistas y que participaban plenamente en una cultura tradicional oral, visual y gestual, fueron constituidos como el público al que se dirigieron las innovaciones editoriales. Este quiasmo fundamenta la ambigüedad de la «modernidad» de los lectores del siglo de Oro ya que es una «modernidad» que, en maneras diversas, siempre enlaza herencias y novedades." (Chartier, Texto 7)

El planteo precedente cobra su real importancia en el planteo de Chartier, a condición de no perder de vista la consideración que, a renglón seguido, realiza el mismo autor: "frente a la perspectiva que imputa con demasiada rapidez a una sola innovación técnica (la invención de la imprenta) las transformaciones culturales que deben relacionarse bien con las mutaciones de las formas del libro, bien con los desplazamientos de las formas de leer, hay que afirmar la pertinencia y la necesidad de un enfoque de larga duración que insiste en las continuidades en que se inscribe la «*print culture*»." (Chartier, 1993: 25)

Acerca del impacto que la aparición de la imprenta tuvo sobre el libro, Chartier es elocuente cuando expresa que:

en principio queda claro que, en sus estructuras esenciales, el libro no se modificó por la invención de Gutenberg. Por otra parte, por lo menos hasta cerca de 1500, el libro impreso sigue dependiendo en gran medida del manuscrito: imita de él su compaginación, su escritura, su apariencia y, sobre todo, se considera algo que debe terminarse a mano: la mano del iluminador que pinta iniciales adornadas o historiadoras y miniaturas; la mano del corrector, el *emendator*, que añade signos de puntuación, rúbricas y títulos; la mano que inscribe sobre la página notas e indicaciones marginales. (Chartier, 1995: 250)

## Texto impreso, texto digital y construcción de sentido

En otro lugar el autor menciona que: "la revolución del presente es de la misma importancia pero aún más radical [que la de la imprenta], puesto que modifica a la vez la técnica de transmisión de los textos, el soporte de su lectura y sus posibles usos." (Chartier, Texto 8, entre corchetes mío)

Coherente con lo expuesto hasta aquí respecto de la apropiación y las variaciones en la construcción de sentido, Chartier sostiene que: "frente al texto el lector es libre. El texto no define por sí mismo la producción de sentido. *La construcción de sentido supone esta libertad*. Pero no es difícil entender que la libertad del lector no es ilimitada (Chartier, Texto 1)<sup>7</sup>. En el siglo XVI, una lectura surrealista es inconcebible." (Chartier, Texto 4, itálicas mías)

---

inmediatamente ni exclusivamente, a un público «popular» en el sentido estrictamente social del término (Riley). Mediante una dicotomía retórica que encontró su expresión más contundente en la fórmula del doble prólogo, lo importante era descalificar a los lectores (o espectadores) desprovistos de juicio estético y competencia literaria (...) la existencia postulada y comprobada de ese «vulgo» como amplio público gobernaba las estrategias de la escritura y también las decisiones editoriales de los impresores y libreros." (CHARTIER, Texto 7)

<sup>7</sup> Quizás pueda comprenderse mejor este señalamiento a la luz de otros dichos del mismo Chartier: "considero necesario mantener el vínculo entre las formas de expresión de la conciencia por los sistemas ideológicos o las proposiciones subjetivas y todas las series de interdependencias o de coacciones que limitan el espacio posible de tales expresiones de la conciencia. En Francia, el

Ilam Semo, quien compartió una entrevista con Chartier y Mendiolaza, acota que: "la libertad del lector reside en la libertad para asociar lo que lee con la interpretación de su mundo inmediato. La interpretación (Semo, Texto 4)<sup>8</sup> se vuelve una señal consiguiente cuando abandona la intimidad del silencio y deviene comunicación." (Semo, Texto 4)

Es aquella expresión de Chartier "frente al texto el lector es libre" la que pone en cuestión dos ideas simultáneamente: de un lado, que hay textos específicos para públicos específicos y de otro, que tal situación es posible porque el texto lleva en sí mismo las características de la lectura de la que será objeto. Contra tal asunción, Chartier sostiene que: "(...) la lectura no está ya inscrita en el texto, sin distancia posible entre el sentido que le es asignado (por su autor, el uso, la crítica, etc.) y la interpretación que de ella pueden hacer los lectores; que, consecuentemente, un texto no existe sino porque hay un lector para otorgarle significación." (Chartier, 1993: 23-24 y Chartier, Texto 3)<sup>9</sup>

Esta concepción, que encuentra una referencia constante y fecunda en la obra de M. de Certeau, es resaltada por Chartier con relación a su propio trabajo, de modo amplio y preciso:

(...) el trabajo propuesto en este texto (...) intenta hacer operativas dos proposiciones de Michel de Certeau. La primera recuerda, contra todas las reducciones que anulan la fuerza creadora e inventiva de los usos, que la lectura jamás es totalmente impuesta y no puede deducirse de los textos de los que se adueña. La segunda subraya que las tácticas de los lectores, insinuadas en este «lugar propio» producido por las estrategias de la escritura, obedecen a reglas, a lógicas, a modelos. Así es enunciada la paradoja fundante de toda historia de la lectura que debe postular la libertad de una práctica de la que no puede captar, masivamente, más que las determinaciones. Construir las comunidades de lectores como otras tantas *interpretative communities* (para retomar la expresión de Stanley Fish), situar la manera en que las formas materiales afectan el sentido, localizar la diferencia social en las prácticas más que en las distribuciones estadísticas: otras tantas vías trazadas para quien quiere comprender como historiador esta «producción silenciosa» que es la «actividad lectora». (Chartier, 1994: 40)

Estas apreciaciones son las que, probablemente, estaban presentes en el pensamiento del Chartier de 1990, cuando escribió: "en el punto de articulación entre el mundo del texto y el mundo del sujeto, encuentra su lugar una teoría de la lectura capaz de comprender la apropiación de discursos, es decir, la manera según la cual éstos afectan al lector y lo conducen hacia una nueva forma de comprensión de sí y del mundo." (Chartier, 1990: 47)

---

debate historiográfico actual está centrado en esto." En la misma entrevista, Chartier amplía estas expresiones con relación a las condiciones de posibilidad de la inventiva del sujeto: "detrás del debate sobre el retorno a una filosofía del sujeto hay dos ideas: que la llave del entendimiento de una sociedad se encuentra en lo político, y que el sujeto es un productor libre de ideas, de fórmulas y de instituciones y constituye el motor de la historia. En los círculos filosóficos franceses tomó forma una argumentación neokantiana favorable a esta posición historiográfica. Este, me parece, es el desafío al que debemos responder hoy, *estableciendo de nuevo los vínculos entre las formas de la conciencia, las interdependencias que ligan los individuos y las limitantes del espacio posible de la inventiva*. Por ello creo que la referencia a Norbert Elias es fundamental, porque reflexionó sobre interdependencias que tienen forma de configuraciones históricas, las cuales otorgan y limitan la inventiva intelectual y cultural." (CHARTIER, Texto 1)

<sup>8</sup> El mismo I. Semo amplía esta referencia cuando menciona que: "para el historiador, el contenido del mundo simbólico y cultural de un lector-individuo debe ser una pregunta abierta. Los sitios sociales en los que se desenvuelve, llámese la corte, la universidad, el parlamento, la burocracia..., dominan su sociabilidad, pero no necesariamente sus formas de interpretar el entorno y la realidad que lo rodea." (I. Semo, Texto 4)

<sup>9</sup> Contra una lectura lineal de los fines que perseguirían ciertos textos (la referencia más constante en este análisis es a los libros de la denominada Biblioteca Azul) Chartier sostiene que: "(...) lo que podemos decir es que, inclusive en los casos en que hay esta imposición, no obstante se mantienen a través de la apropiación posibilidades de desplazamiento, interpretación y, algunas veces, subversión." (CHARTIER, Texto 3)

Chartier retoma de N. Elías, entre otras cosas, la relación que existe entre la obra y el lector, destaca, con referencia a la concepción de cultura, que: "las reflexiones de Elías (Chartier, 1996: Cap. 4) permiten articular los dos significados enredados en el término cultura (tal como lo manejan los historiadores): las obras y las prácticas que son objeto de juicio estético o intelectual, y la trama de relaciones cotidianas que expresan la vida de una comunidad en un tiempo y lugar. Pensar históricamente las formas y las prácticas culturales es, entonces, dilucidar necesariamente las relaciones enraizadas en estas dos definiciones." (Chartier, Texto 1)

Las apreciaciones precedentes conducen a otra que cobra importancia de cara a los objetivos que guían este artículo, y ello porque un aspecto relevante de la concepción de Chartier, es la idea de que la obra crea su público. Con relación al texto, esta concepción cobra pertinencia al referirse al soporte del mismo, esto es, a la materialidad con que se da para ser leído y apropiado por un determinado lector:

(...) cada vez que cambia su soporte cambia la definición social de su público y cambian las posibilidades de su interpretación. Si pensamos en el siglo XIX, la novela desde la forma del feuilleton, de las publicaciones por entregas, de las ediciones para los gabinetes de lectura o de las obras de un autor definen también una pluralidad de soportes que se abren a usos y públicos diversos y que permiten o impiden tal o cual construcción de sentido. Serían ejemplos que demuestran que las formas contribuyen al sentido de una obra. (Chartier, Texto 3; subrayado mío)

Lo antes dicho es reafirmado de modo preciso cuando Chartier señala: "(...) no hay texto fuera del soporte que da a leer (o a escuchar), y que por lo tanto no hay comprensión de un escrito, cualquiera sea éste, que no dependa en alguna medida de las formas por medio de las cuales alcanza a su lector." (Chartier, 1994: 29)

Las últimas sentencias son apropiadas para pensar no tanto la potencialidad de las NTICs en la difusión y multiplicación de textos que de otro modo no podrían ser leídos ni distribuidos masivamente (asociado generalmente con la idea de democratización del conocimiento), sino la posibilidad que nuestros estudiantes tienen de cara a su lectura, interpretación y apropiación, aspectos vinculados a la concepción de aprendizaje que las NTICs llevan consigo<sup>10</sup>.

## Libro impreso o texto electrónico: ¿da lo mismo?

En otro trabajo, Chartier abunda sobre esta relevante cuestión: "la comprensión que los lectores tienen de cualquier texto no puede ser separada de los efectos y de las posibilidades que provienen de la forma material propia de ese texto. Leer un texto en un código impreso no supone las mismas operaciones de interpretación que la lectura de ese «mismo» texto en un rollo de papiro o frente a una pantalla." (Chartier, Texto 8)

En la discusión centrada en la diferencia que existe entre un lector de libros impresos y uno de textos digitales, Chartier apunta una que es decisiva: la del contexto: "(...) este lector del mundo digital se enfrenta a una noción de contexto muy diferente, porque aquí no se da el contexto, en el sentido primero de la palabra, como los textos que están junto o dentro del mismo texto. Aquí hay una contextualización lógica, una

---

<sup>10</sup> Resulta sumamente esclarecedora sobre el particular, la lectura del artículo de Ángel San Martín Alonso (2004)

contextualización a partir de los bancos de datos o de los websites en que los textos están presentes." (Chartier, Texto 3)

La lectura de una revista científica en versión impresa y la misma revista en versión electrónica, ilustra, según Chartier:

(...) la diferencia que existe entre la lectura de los «mismos» artículos cuando se desplazan de la forma impresa, que ubica cada texto particular en una contigüidad física, material, con todos los otros textos publicados en el mismo número, a la forma electrónica donde se encuentran y se leen a partir de las arquitecturas lógicas que jerarquizan campos, temas y rúbricas. En la primera lectura, la construcción del sentido de cada artículo particular depende, aunque sea inconscientemente, de su relación con los otros textos que lo anteceden o lo siguen y que fueron reunidos dentro de un mismo objeto impreso por una intención editorial inmediatamente perceptible. La segunda lectura procede tal como el idioma analítico de John Wilkins a partir de una organización enciclopédica del saber que propone al lector textos sin otro contexto que el de su pertenencia a una misma temática. (Chartier, Texto 9)

Chartier apunta otras diferencias acerca de la lectura de un texto impreso y la lectura de un texto electrónico:

con un libro impreso se puede hacer una lectura discontinua, pero lo que se impone al lector es la obra como totalidad. La lectura de un texto electrónico es aún más discontinua porque va de un fragmento a otro y lo más importante es que se trata de una lectura que pierde la percepción inmediata de la obra como tal, no hay ninguna necesidad de conocer la totalidad del libro. Los géneros textuales que se han adaptado a la forma electrónica son los que suponen una lectura intermitente como las enciclopedias o los diccionarios. (Texto 10)

Quizá el fantasma más impresionante que ofrece la tecnología electrónica de edición es el relacionado con la desaparición del libro. Al respecto, Chartier cita a Borges (1978) cuando dice: «Se habla de la desaparición del libro; yo creo que es imposible» y se pregunta: "(...) ¿podemos mantener hoy en día tal certidumbre? Plantear así la cuestión, quizás, no designa adecuadamente la realidad de nuestro presente caracterizado por una nueva técnica y forma de inscripción, difusión y apropiación de los textos ya que las pantallas del presente no ignoran la cultura escrita sino que la transmiten y la multiplican." (Chartier, Texto 9)

Chartier da más precisiones sobre este tópico: "el desafío de la cultura electrónica no es la muerte de la lectura como se pensaba, sino la dificultad para estabilizar los criterios que permiten al lector identificar en su diferencia los diversos repertorios y géneros textuales que en este caso llegan todos a través del mismo objeto, casi con la misma forma en la misma pantalla. El gran desafío es restaurar un orden de los discursos capaz de distinguir y clasificar el mundo textual." (Chartier, Texto 11)

Recuperando la necesidad de comprender las mutaciones de la lectura en el marco de un enfoque de la larga duración de la cultura impresa (Chartier, Texto 5)<sup>11</sup>, el autor se pregunta:

¿cómo situar, dentro de la historia larga del libro, de la lectura y de las referencias a lo escrito, esta revolución anunciada —de hecho ya comenzada—, que hace pasar del libro (o del objeto escrito) tal como lo conocemos, con sus cuadernillos, sus pliegos, sus páginas, al texto electrónico y a la lectura sobre una pantalla? Para

---

<sup>11</sup> En este mismo texto, Chartier se hace una pregunta: "¿por qué esta mirada hacia atrás, y por qué, en particular esta atención prestada al nacimiento del codex?" y el mismo responde, justificando su propuesta de estudiar la historia de la lectura en la larga duración: "sin duda porque la comprensión y el control de la revolución electrónica de mañana (o de hoy), dependerá en gran medida de su inscripción correcta en una historia de larga duración." (CHARTIER, Texto 5)

responder a esta interrogación hace falta distinguir claramente diferentes registros de mutaciones, cuyas características restan aún establecer. La primera revolución es técnica: ella transforma a mediados del siglo XV los modos de reproducción de textos y de producción de libros." (Chartier, Texto 5)

Sin embargo, es también necesario dejar en claro que:

la revolución del texto electrónico también será una revolución de la lectura. Leer sobre una pantalla no es como leer un codex (...) La revolución iniciada es, antes que nada, una revolución de los soportes y de las formas que transmiten lo escrito. Y como tal, sólo tiene un precedente en el mundo occidental: la substitución por el codex del volumen; al libro compuesto de cuadernos agrupados desde el libro en forma de rollo, ocurrido en los primeros siglos de la era cristiana (...) en este sentido, la revolución de la imprenta no es para nada una «aparición del libro». En efecto, doce o trece siglos antes que la novedad técnica apuntada, el libro occidental ha encontrado la forma que continúa siendo suya dentro de la cultura impresa."(Chartier, Texto 5)

Chartier apunta, respecto del texto electrónico y con relación a la aparición de la imprenta, que:

la revolución de nuestro presente resulta evidentemente, más radical que la de Gutenberg. Ella no modifica sólo las técnicas de reproducción del texto, sino también las estructuras y las formas mismas de soporte que las comunican a sus lectores. El libro impreso hasta nuestros días ha sido el heredero directo del manuscrito, por su organización en cuadernos, por la jerarquía de sus formatos -del libro de banco al libellus-, por las ayudas a la lectura (referencias, índices, cuadros, etc.). (Chartier, Texto 5)

Para comprender mejor las características de esta revolución, Chartier recupera lo antes dicho y dice que: "la originalidad -y puede ser lo inquietante- de nuestro presente tiende a que las diferentes revoluciones de la cultura escrita, que en el pasado habían estado disociadas, se desarrollen simultáneamente (...)."(Chartier, Texto 12)<sup>12</sup>

El cambio en el soporte que se opera desde el libro impreso a la pantalla es de un impacto muy importante, porque: "cuando la pantalla substituye al codex, la transformación es más radical porque son los modos de organización y de estructuración del soporte de lo escrito, las que se encuentran modificadas. Una revolución tal requiere entonces de otros términos de comparación." (Chartier, Texto 5)

En tal sentido, Chartier sostiene que: "de la invención de la imprenta no se derivaron inmediata y directamente nuevas maneras de leer; por el contrario, la posibilidad de leer un texto en silencio, sin necesidad de hacerlo en voz alta, fue el resultado de una muy larga conquista, de los monasterios de la Alta Edad Media a la escuela del siglo XIX." (Chartier, Texto 8)

En este marco, Chartier se pregunta:

¿debemos pensar que estamos en presencia de una mutación (...) y que el libro electrónico reemplazará o ya está por reemplazar al codex impreso, tal como lo conocemos en sus diversas formas: libro, revista, periódico?

---

<sup>12</sup> En el mismo texto, Chartier (Texto 12) se explaya sobre las modalidades de estos señalamientos: "(...) tres hechos fundamentales la caracterizan, y transforman nuestra relación con la cultura escrita. En primer lugar (...) substituye a la contigüidad psíquica que aproxima los diferentes textos copiados o impresos en un mismo libro, su distribución móvil en las arquitecturas lógicas que comandan las bases de datos y las colecciones numeradas. Por otra parte, redefine la materialidad de las obras, porque desata la unión inmediatamente visible que une el texto y el objeto que lo contiene, y que da al lector, y no más al autor o al editor, la maestría sobre la composición, y la apariencia misma de las unidades textuales que quiere leer (...) Finalmente, leyendo sobre la pantalla, el lector contemporáneo encuentra algo de la postura del lector de la Antigüedad, pero -y la diferencia no es menor- él lee un rollo que se desarrolla en general verticalmente y que se encuentra dotado de todo lo propio a la forma del libro desde los primeros siglos de la era cristiana: paginación, índices, tablas, etc."

Puede ser. Pero lo más probable, para los años que están por venir, es la coexistencia, que no será pacífica, entre las dos formas del libro y los tres modos de inscripción y de comunicación de los textos: la escritura manuscrita, la publicación impresa, la textualidad electrónica. Esta hipótesis es sin duda más razonable que las lamentaciones sobre la irremediable pérdida de la cultura escrita, o los entusiasmos sin prudencia que anuncian la entrada inmediata en una nueva era de la comunicación. (Texto 12)

En tal sentido, afirma el historiador: "debemos pues suponer que los gestos inmediatos y las categorías intelectuales que asociamos con el mundo de los textos perdurarán frente a las nuevas formas de lo escrito." (Chartier, Texto 8)

Remata este diagnóstico con una advertencia tanto para aquellos que sostienen que el libro desaparecerá como a los excesivamente optimistas frente al advenimiento de la electrónica en la difusión de textos:

entre los profetas desesperados que anuncian la muerte próxima del libro, de lo escrito y de la lectura y los cantores del porvenir radiante prometido por la comunicación universal de textos sin materialidad, hay que conservar la sensatez. A los primeros, es bueno decirles que las pantallas de hoy y de mañana no son más las de McLuhan: no oponen la imagen a la escritura, como lo hacían el cine o la televisión, sino que constituyen un poderoso instrumento de difusión de la cultura textual. A los segundos, hay que recordarles que los objetos que a lo largo del tiempo han sido portadores de las producciones de la cultura escrita deben ser preservados y comprendidos. Olvidar esto sería correr el riesgo de perder la conciencia de la duración histórica sin la cual las mutaciones del presente no son ni descifrables ni dominables. (Chartier, Texto 8)

Retomando la situación planteada con respecto al libro y la creación de sus públicos, la aparición del texto electrónico plantea un interrogante que reviste gran importancia y que está relacionado con: "(...) la capacidad de ese libro nuevo de encontrar o producir sus lectores (...)." (Chartier, Texto 12)

Respecto de las habilidades requeridas para una lectura que ya no es la del texto impreso, Chartier menciona que:

todavía no sabemos muy bien cómo esta nueva modalidad de lectura transforma la relación de los lectores con lo escrito. A la vez que emerge un interrogante importante respecto de la lectura: ¿cómo caracterizar a la lectura del texto electrónico? Para comprenderla, Antonio Rodríguez de las Heras formuló dos observaciones que nos obligan a abandonar las percepciones espontáneas y los hábitos heredados. En primer lugar, debe considerarse que la pantalla no es una página, sino un espacio de tres dimensiones, que tiene profundidad y en el que los textos brotan sucesivamente desde el fondo de la pantalla para alcanzar la superficie iluminada. Por consiguiente, en el espacio digital, es el texto mismo, y no su soporte, el que está plegado. La lectura del texto electrónico debe pensarse, entonces, como desplegando el texto electrónico o, mejor dicho, una textualidad blanda, móvil e infinita. (Chartier, Texto 9)

El interrogante sobre los lectores de textos electrónicos trae consigo un tema relevante: el de la desigualdad que podría generar, en palabras de Chartier, un "nuevo analfabetismo". A esta incertidumbre, se suma que el nuevo tipo de lector es y será reclutado entre un universo de cierto poder adquisitivo, considerando que el nuevo texto electrónico supone ciertos costos y también ciertas habilidades: "por otra parte, la revolución electrónica, que parece inmediatamente universal, también puede profundizar las desigualdades en lugar de reducirlas. Existe el riesgo de un nuevo «analfabetismo», no ya definido como el hecho de no ser capaz de leer y escribir, sino por la imposibilidad de acceder a las nuevas formas de transmisión del escrito que están lejos, más bien al contrario, de estar libres de costo." (Chartier, Texto 6).

Además, propone el autor:

(...) la historia de la cultura impresa demuestra que aunque hay gente que tenía el poder económico, particularmente el poder de imprimir libros, o que había clases dominantes que tenían bibliotecas más completas que otras, la tendencia fue hacia el involucramiento en el mundo del conocimiento de medios cada vez más amplios, más populares a través de la alfabetización, de la escolarización. De esta manera, el reconocimiento de las desigualdades no impide la observación de un proceso de democratización. El problema es saber si esta tensión, entre el control por parte de los más poderosos y la tendencia hacia una democratización del mundo electrónico, va a operarse de una manera paralela a la manera en que se desarrolló la cultura impresa." (Chartier, Texto 13)

En este sentido, añade el autor:

"(...) las distancias son grandes entre la obsesiva presencia de la revolución electrónica en los discursos y la realidad de las prácticas de lectura, que permanecen masivamente atadas a los objetos impresos y que no explotan más que parcialmente las posibilidades ofertadas por lo numérico. Es necesario estar lúcidos para no tomar lo virtual como un real déjà là." (Chartier, Texto 12)

El impacto de este nuevo texto no afecta sólo al tipo de lector y le exige nuevas características, sino que también afecta la forma de acreditación y validación de los trabajos científicos:

"escribir o leer esta «nueva clase de libro» supondrá desprenderse de los hábitos adquiridos y transformar las técnicas de acreditación del discurso científico, cuya historia y evaluación de sus efectos acaban de empezar a estudiar los historiadores: así, la cita, la nota a pie de página (recientemente estudiada por Anthony Grafton), o lo que Michel de Certeau llamaba la «lengua de los cálculos». Cada una de estas formas de probar la validez de un análisis se encuentra profundamente modificada desde el momento en que el lector puede consultar por sí mismo los documentos que constituyen el objeto o los materiales de investigación (...) en este sentido, la revolución de las modalidades de producción y de transmisión de los textos es también una mutación epistemológica." (Chartier, Texto 6)

Respecto de esto que Chartier denomina una "mutación epistemológica", se extiende en otro texto cuando expresa que:

"(...) semejante posibilidad modifica profundamente las técnicas clásicas de la prueba (notas del pie de páginas, citas, referencias)<sup>13</sup> que suponían que el lector hiciese confianza al autor sin poder colocarse en la misma posición que éste frente a los documentos analizados y utilizados. En este sentido, la revolución de la textualidad numérica constituye también una mutación epistemológica que transforma las modalidades de construcción y acreditación de los discursos del saber." (Chartier, Texto 9)

Sin embargo, la información en la web a veces no está disponible o ha cambiado su ruta o, sencillamente, ha sido retirado el texto de la página que lo contenía. Si bien es evidente que, como fue señalado más atrás, en el corto plazo el texto electrónico no reemplazará al texto impreso, no obstante su aparición, difusión y consolidación como medio masivo de circulación de textos científicos trae aparejada algunas consecuencias importantes, señaladas por Chartier:

---

<sup>13</sup> Chartier amplía esto diciendo que: "hay nuevos mecanismos de control que el lector puede ejercer sobre la demostración, lo que en el texto escrito se hacía de modo indirecto. Las notas a pie de página no son verificadas por muchos lectores. Con los hipertextos esto es inmediato. Me parece que es una forma nueva de lectura que puede acercarse más a la investigación." (CHARTIER, Texto 11)

"esta probable coexistencia nos invita a reflexionar sobre la nueva forma de construcción de los discursos de saber y las modalidades específicas de su lectura, que permitan el libro electrónico. Este no puede constituirse en una simple sustitución de un soporte a otro para las obras que permanecerán concebidas y escritas en la lógica del antiguo codex. Si las «formas tienen un efecto sobre el sentido», como lo escribía D. F. McKenzie, los libros electrónicos organizan de manera nueva la relación entre la demostración y los hechos, la organización y la argumentación, y los criterios de la prueba (...)." (Chartier, Texto 12)

## Mutaciones: el escenario digital

Entre las mutaciones o rupturas que se han producido (o se están produciendo) con la aparición del texto digital, la primera que puede mencionarse se refiere al orden de los discursos<sup>14</sup>, afectando la relación entre tipos de objetos (el libro, el diario, la revista), categorías de textos y formas de lectura.

Con relación al orden de los discursos<sup>15</sup>, el mundo electrónico provoca una triple ruptura: "a) propone una nueva técnica de difusión de la escritura, b) incita a una nueva relación con los textos y c) impone a estos una nueva forma de inscripción." (Chartier, Texto 9)

Uno de los efectos directos que la irrupción del texto electrónico provoca, tiene relación con la lectura en voz alta: "(...) la tendencia general es la de reducir la lectura en voz alta a los ámbitos del maestro y de los padres de familia, que leen para los niños. La lectura en voz alta debe ser una de las líneas centrales de investigación para la historia de la lectura. ¿Qué será de ella en la era de la computación? Es difícil especular." (Chartier, Texto 4)

Chartier señala indicios en la transformación de la práctica de lectura, especialmente aquellos que suponen que : "(...) el lector pueda entender un texto sin necesariamente leerlo en voz alta. Por un lado, el verbo «leer» adquiere comúnmente el significado de leer silenciosamente<sup>16</sup> (...) la más espectacular de las mutaciones reside en los progresos de la lectura silenciosa que no supone la oralización del texto para los otros o para sí mismo."<sup>17</sup>

A este respecto, en la entrevista con Chartier, I. Semo apunta que: "la práctica de «leer con los oídos» es tan antigua como la lectura misma. Imagino que en 1910 la mayoría de los mexicanos «escucharon» el libro sobre la sucesión presidencial que escribió Madero. La razón es sencilla: sólo 6% de los ciudadanos sabían leer. En los siglos XVIII y XIX, el texto se leía en alto para darlo a conocer; hoy se lee en alto para

---

<sup>14</sup> Entendiendo por tal a las: "modalidades de las argumentaciones y los criterios o recursos que puede movilizar el lector para aceptarlas o rechazarlas." (CHARTIER, Texto 9)

<sup>15</sup> A este respecto: "por un lado la textualidad electrónica permite desarrollar las argumentaciones o demostraciones según una lógica que ya no es necesariamente lineal ni deductiva, tal como lo implica la inscripción de un texto sobre una página, sino que puede ser abierta, estallada y relacional gracias a la multiplicación de los vínculos hipertextuales." (CHARTIER, Texto 9)

<sup>16</sup> Sin embargo, sostiene Chartier: "la difusión más extendida de la lectura silenciosa no debe hacer olvidar la larga y profunda persistencia de las prácticas de las lecturas oralizadas en la España de los siglos XVI y XVII. Para ciertos autores, fieles al Tesoro de la lengua castellana de Sebastián Covarrubias (1611), que define «leer» como «pronunciar con palabras lo que por letras está escrito», el verbo seguía significando leer en voz alta. Es el caso de Lope de Vega que precisaba el verbo -cuando aludía a una lectura silenciosa- por ejemplo escribiendo «leer para sí» (Frenk, 1999)-." (CHARTIER, Texto 7)

<sup>17</sup> Tampoco, no obstante, debe perderse de vista que ese rasgo -la lectura en voz alta-: "subsistió además en la época moderna, entre los siglos XVI y XVIII, cuando leer en silencio se convirtió en una práctica ordinaria de los lectores letrados. La lectura en voz alta siguió siendo entonces la base fundamental de las diversas formas de sociabilidad, familiares, cultas, mundanas o públicas, y el lector que busca muchos géneros literarios es un lector que lee para los otros o un «lector» que escucha leer." (CHARTIER, 1995: 253)

sustituirlo. Del que lee en alto se espera, en general, un mensaje abreviado con respecto al que se halla en el texto escrito." (Semo, Texto 4)

En otro texto, Chartier hace referencia a una observación de M. De Certeau con el fin de fundamentar más aun esta afirmación: "(...) que asocia libertad del lector y lectura en silencio: «la lectura se ha vuelto, desde hace tres siglos, un gesto del ojo. Ya no está acompañada, como antes, por el rumor de una articulación vocal ni por el movimiento de una manducación muscular. Leer sin pronunciar en voz alta o a media voz es una experiencia «moderna», desconocida durante milenios. Antes, el lector interiorizaba el texto; hacia de su voz el cuerpo del otro; era su actor. Hoy el texto ya no impone su ritmo al sujeto, no se manifiesta ya por medio de la voz del lector. Esta retracción del cuerpo, es para el lector su *habeas corpus*»." (Chartier, 1994: 35)

Una segunda mutación tiene que ver con el tipo de lectura, que con el nuevo soporte es también discontinua, sólo que ahora se pierde la referencia al con-texto que otorga el libro, la sensación de una "obra completa".

La cuestión de la discontinuidad en la lectura es central en el planteamiento de Chartier. Sin embargo, él mismo explicita su concepción, diferenciándola de otras:

"(...) se la puede pensar a la manera de Foucault, como discontinuidad radical, pero entonces no habría proceso y, por lo tanto, no sería adecuada para los historiadores. Si pensamos, como yo, que hay un proceso y, al mismo tiempo ponemos énfasis en las variaciones, en las discontinuidades, el único modelo posible de utilizar, me parece, es el propuesto por Norbert Elías. El modelo que articula configuración y proceso intenta establecer las discontinuidades que oponen, unas con otras, las configuraciones del poder, sociales o culturales, en un proceso o procesos de larga duración. (Chartier, Texto 1)<sup>18</sup>

Un tercer registro de mutaciones, ligadas al mundo electrónico, se refiere: "(...) a lo que llamo el orden de las propiedades, tanto en un sentido jurídico -el que fundamenta la propiedad literaria y el copyright<sup>19</sup>- como en un sentido textual -el que define las características o propiedades de los textos-. El texto electrónico tal como lo conocemos es un texto móvil, maleable, abierto. El lector puede intervenir en su contenido mismo y no solamente en los espacios dejados en blanco por la composición tipográfica." (Chartier, Texto 9)

---

<sup>18</sup> En la misma entrevista, Chartier amplía estas expresiones: "existe siempre un gran peligro cuando los historiadores pretenden interpretar el presente a partir de comparaciones con situaciones pasadas. Cada configuración histórica tiene rasgos específicos, que impiden una analogía inmediata con los tiempos contemporáneos. Desde este punto de vista, no hay lecciones de historia. No obstante, lo que permanece son los instrumentos conceptuales capaces de dar cuenta de diversas realidades y discontinuidades." (Chartier, Texto 1)

<sup>19</sup> Sobre el particular, Chartier señala que: "(...) hoy constatamos cuán difícil es ajustar a la nueva materialidad (o inmaterialidad) de los textos nociones jurídicas (copyright, propiedad literaria, derechos de autor), estéticas (originalidad, singularidad y estabilidad de las obras) o biblioteconómicas (depósito legal, biblioteca nacional, descripción bibliográfica), nociones que han sido pensadas y construidas en un mundo de lo escrito completamente diferente: el del libro impreso." (CHARTIER, Texto 8)

## Provisorio balance

Interesa recuperar cuestiones puntuales que, desde mi propia mirada, revisten importancia no sólo para la historia sino para las mismas ciencias sociales, tan necesitadas de nuevos aires y tan encerradas en un instrumentalismo que acota su mirada y cercena la curiosidad.

La revisión aquí presentada permite sostener que cualquier renovación que pretenda una modificación más o menos perdurable de una práctica disciplinar, tiene que ser viabilizada en primer lugar por la discusión epistemológica (construcción de su o sus objetos de estudio). En este nivel es imprescindible una explicitación y discusión de las categorías de análisis que se emplean, en tanto son las que permiten la visualización y abordaje del objeto. En suma, se trata de pensar la realidad de un modo distinto y ello requiere necesariamente la lectura crítica del arsenal de teorías y conceptos desde los que se interviene en la realidad, en tanto orientan la mirada hacia ciertos aspectos en detrimento de otros. Esto último en sí mismo, no es el problema. Sí se constituye como tal si no se reconocen los condicionamientos, clausuras y límites que tal enfoque trae consigo.

En el caso de Chartier (y quienes lo acompañan en este esfuerzo), la actitud de revisar los presupuestos de la disciplina histórica derivaron de una insatisfacción con los modos entonces vigentes de hacer historia y que no daban respuestas a interrogantes claves desde la perspectiva en que ellos comenzaban a mirar la sociedad.

Esta última cuestión es relevante, en tanto la definición de un nuevo objeto habilita la posibilidad de nuevas preguntas y estas, probablemente, al no ser satisfechas por las respuestas "permitidas" por las teorías y conceptualizaciones con las que se habla del objeto anterior o tradicional, presionan hacia la ampliación o creación de un nuevo horizonte de posibilidades.

Esta redefinición del objeto trae consigo nuevas formas de abordaje metodológico y, en este caso y tal como lo menciona Chartier, también una búsqueda de nuevas fuentes que permitan fundamentar el nuevo enfoque.

En cuanto a las categorías que sustentan el enfoque de la historia cultural, haré una breve referencia a dos de ellas por considerar que tienen un potencial realmente innovador. Son:

- a) *Prácticas sociales*. Una categoría que en sociología, con la excepción de la propuesta realizada por P. Bourdieu y elaborada a lo largo de más de 30 años, no es objeto de tratamiento profundo y tiende a ser empleada sin analizar efectivamente sus alcances e implicaciones; con la historia cultural gana un lugar central, en tanto permite dos operaciones fundamentales: primero, reintroduce efectivamente al sujeto en el análisis histórico y social y, segundo, la práctica de lectura emerge como punto de articulación entre un autor que escribe un texto y un lector que lo lee, ambos condicionados (por) y, a la vez, transgresores de un orden social que constriñe y habilita representaciones y acciones.

Desde este posicionamiento, este señalamiento resulta apropiado a los fines de contrarrestar la idea de que hay obras que están destinadas a determinados públicos, ante lo que Chartier dirá que tal relación no es mecánica, que no hay ciertas obras para ciertos públicos. Esto lo demuestra básicamente en el análisis de los libros de la denominada "Biblioteca Azul" en

Francia. Más que las obras, lo que cambia son los modos de *apropiación* de la obra, lo que sin duda adquiere toda su relevancia al considerar la idea de *contexto* sociocultural.

Los lectores se apropian de un texto, lo que varía es el modo en el que lo hacen, y esto se relaciona con los diferentes contextos socio-culturales en los que diferentes sujetos viven y también, por supuesto, varía esta apropiación en función del soporte en que el texto es dado. Seguramente esta apreciación hecha por la historia cultural también da por tierra con algunas de las oposiciones que estructuraron el campo y la práctica de la historia cultural tradicional: por ejemplo, la división entre cultura popular y alta cultura.<sup>20</sup>

En la idea de apropiación obtiene un lugar preponderante la noción de resistencia, la cual hace que lo que Bourdieu denomina "violencia simbólica" nunca llegue a ser completa, pues la eficacia de la "aculturación" de un texto depende tanto de lo que en él se diga como, y tal vez más relevante, del modo que se lo lea y se lo "apropie".

Es aquí donde la significativa importancia de la construcción de sentido emerge con fuerza para dejar en claro que no hay sentido dado de antemano, sino que tal es producto de una construcción, precisamente, una construcción social.

Es un lector el que otorga sentidos según cuál sea el formato en que la lectura es ofrecida: en personas con escaso hábito de lectura, el trasladar esa poco desarrollada habilidad a un formato absolutamente distinto, que requiere otras habilidades y que es ofrecido en un soporte también muy novedoso (con el agregado, en muchos casos, de que es necesario un importante aporte económico para disponer de acceso al mismo [PC, conexión a internet de buena velocidad y espacio de trabajo apropiado]), puede significar lisa y llanamente el abandono de la experiencia. Que esto no ocurra supone, en primer lugar, alfabetizar a los potenciales usuarios en la nueva modalidad además, por supuesto, de asegurar que la mentada democratización no se transforme en elitista.

- b) La segunda categoría de importancia es la de *representación*. Según lo menciona el propio Chartier, reconquistada de su empleo habitual en la historia de las mentalidades, su centralidad en el nuevo enfoque radica en despojarla de cierta idea de "duplicación de lo real" y concebirla como un producto de luchas sociales, justamente, luchas por imponer una representación legítima de las particiones del mundo social, con lo cual queda en evidencia que las particiones no existen en sí mismas, sino que son construcciones y son impuestas (y resistidas) y que, por lo tanto, pueden ser cambiadas (*cf.* Andrade y Bedacarratx, 2004).

Este breve repaso de dos categorías que estimo centrales en el enfoque de la historia cultural, deja como saldo más que positivo el mostrar que tales son habitadas por seres humanos de carne y hueso, único modo en que un análisis cultural de lo social puede tener sentido realmente. A la vez, que la

---

<sup>20</sup> Chartier es enfático cuando crítica la partición entre "*high culture* y *popular culture*" (para ampliar esta discusión puede verse CHARTIER, 1996a: 33 y ss): "hay pues que rechazar todo enfoque que considere que el repertorio de las literaturas de los vendedores ambulantes expresa la «mentalidad» o la «visión del mundo» de los lectores populares que se le suponen (...) y esto por varias razones: porque los textos publicados en los libros o impresos de buhonería pertenecen a géneros, épocas y tradiciones múltiples y fragmentadas; porque a menudo es considerable la distancia (a la vez cronológica y social) entre el contexto de producción de estos textos y sus recepciones al filo de los siglos; porque siempre una distancia separa lo que propone el texto y lo que hace de éste su lector." (CHARTIER, 1995: 132)

innovación en los soportes, tema de este artículo, no siempre puede ser acompañada por el público al cuál las mismas parecen dirigirse: obstáculos culturales, económicos y hasta ideológicos pueden dificultar su aceptación.

En este, como en el caso de innovaciones exitosas en sus orígenes, resulta necesario un trabajo gradual y sostenido [a los fines de no malograr el potencial aporte que las NTICs pueden hacer a la democratización del acceso a la educación superior, específicamente en lo atinente a la lectura de textos académicos –que no es sinónimo de aprendizaje–] tendiente a evitar que el paso del tiempo dé lugar a retrocesos indeseables.-

## Bibliografía

- ANDRADE, Larry y BEDACARRATX, Valeria (2004): *Conceptualización, funciones y características de las representaciones sociales*. En: PIÑA OSORIO, Juan Manuel (Coord.): *La subjetividad de los actores de la educación*. México. Ed. Centro de Estudios Sobre la Universidad / Universidad Nacional Autónoma de México (CESU/UNAM).
- CHARTIER, Roger (1990): La historia cultural redefinida: prácticas, representaciones, apropiaciones. *Revista Punto de Vista*. Nº 39 (Año XIII, diciembre). Buenos Aires.
- CHARTIER, Roger (1993): *Libros, lecturas y lectores en la Edad Media*. Madrid. Alianza.
- CHARTIER, Roger (1994): *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVII*. Barcelona. Gedisa.
- CHARTIER, Roger (1995): *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*. México. Instituto Mora.
- CHARTIER, Roger (1996a): *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. España. Gedisa.
- CHARTIER, Roger (1996b): *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires. Manantial.
- CHARTIER, Roger (Texto 1): "Entrevista a Roger Chartier." (Revista de Divulgación Científica y Tecnológica de la Asociación Ciencia Hoy). [www.cienciahoy.org/hoy/31/RogerChartier.htm](http://www.cienciahoy.org/hoy/31/RogerChartier.htm)
- CHARTIER, Roger (Texto 2): "La invención del lector. Herencias y desafíos". En: [www.abc.es/cultural/dossier/dossier88/fijas/dossier\\_002.asp](http://www.abc.es/cultural/dossier/dossier88/fijas/dossier_002.asp)
- CHARTIER, Roger (Texto 3, 2000): "Hay que volver a situar el libro en el centro de la educación". En: [www.ucm.es/info/especulo/numero15/chartier.html](http://www.ucm.es/info/especulo/numero15/chartier.html)
- CHARTIER Roger (Texto 4): "El malestar en la historia". Entrevista con Roger Chartier, Ilam Semo y Antonio Mendiola. En: [www.fractal.com.mx/f3malest.html](http://www.fractal.com.mx/f3malest.html)
- CHARTIER, Roger (Texto 5): "Las representaciones de lo escrito". En: [www.argiropolis.com.ar/documentos/investigación/publicaciones/es/13/chartier.htm](http://www.argiropolis.com.ar/documentos/investigación/publicaciones/es/13/chartier.htm)
- CHARTIER, Roger (Texto 6): "Una nueva clase de libro". En: [www.ua.es/es/empresa/medpark/softwarepark/proyectos/binicesa/listalibros103.htm/#ENA110102.htm](http://www.ua.es/es/empresa/medpark/softwarepark/proyectos/binicesa/listalibros103.htm/#ENA110102.htm)
- CHARTIER, Roger (Texto 7): "El concepto del lector moderno". En: [www.cervantesvirtual.com/historia/CarlosV/8\\_3\\_Chartier.shtml](http://www.cervantesvirtual.com/historia/CarlosV/8_3_Chartier.shtml)
- CHARTIER, Roger (Texto 8 - 2000): "De lo escrito a la pantalla". En: [www.kweb.it/hyperpage/chartier.html](http://www.kweb.it/hyperpage/chartier.html)
- CHARTIER, Roger (Texto 9): "Cambios en las prácticas de lectura". En: [www.indexnet.santillana.es/rcs2/lvciclo/lvciclo.html](http://www.indexnet.santillana.es/rcs2/lvciclo/lvciclo.html)
- CHARTIER, Roger (Texto 10): "Se perfila un nuevo analfabetismo" En: [www.ideasparaelcambio.tripod.com.ar/seperfilaunnuevoanalfabetismo.htm](http://www.ideasparaelcambio.tripod.com.ar/seperfilaunnuevoanalfabetismo.htm)

CHARTIER, Roger (Texto 11): "La técnica y sus usos". Entrevista. En:

[www.fcen.uba.ar/prensa/educyt/2000/ed123b.htm#nota12](http://www.fcen.uba.ar/prensa/educyt/2000/ed123b.htm#nota12)

CHARTIER, Roger (Texto 12): "¿Muerte o transfiguración del lector?". En:

[www.cervantesvirtual.com/historia/carlos V/recurso1.shtml](http://www.cervantesvirtual.com/historia/carlos_V/recurso1.shtml)

CHARTIER, Roger (Texto 13): "Las vueltas de lo escrito." Entrevista. En:

[www.puntog.com.mx/2002/200220111/ENA110102.htm](http://www.puntog.com.mx/2002/200220111/ENA110102.htm)

SAN MARTÍN ALONSO, Ángel (2004): La competencia desleal del e-learning con los sistemas escolares nacionales. *Revista Iberoamericana de Educación*. N.º 36. Versión electrónica.